velaré con el Sr. de Montbrun. *La Anguila de Melun* dirá lo que quiera... Vamos, hija mía, el coche del Sr. de Montbrun os conducirá á Dammarie, y alguien de esta casa tendrá la bondad de acompañaros.

Gilberta obedeció.

XV

El comandante no pensaba más que en su sobrina al dirigirse al café del Eclair. Lo que se había dicho de ella era su idea fija.

¡Ah, miserables! ¡El encontraría al inventor de tanta infamia, y entonces!... Entre tanto era preciso tirar, tuviera ó no fuerzas para ello, de la pesada carga de aquel oficio de candidato. ¡Continuaría hasta que no pudiera más!

Al entrar en el café se sintió sofocado por el gran calor que producía tanta gente como allí había aglomerada, las luces y los vapores de las bebidas, que con el humo de las pipas y de los cigarros cargaban la atmósfera hasta hacerla irrespirable.

Cuando le vieron entrar tan pálido y con paso más vivo de lo que ordinariamente acostumbraba, un inmenso murmullo se elevó por todas partes y hasta algunos entonaron el malicioso estribillo:

¡Aquí está!... ¡Aquí está!...
¡Ah... ah... ah!...

Fournerel, rodeado de algunos camaradas de armas tomar, estaba en pie cerca del mostrador.

Emilio Ducasse, vestido como un milord, iba á una distancia conveniente detrás del comandante. Pensaba que, aunque la reunión se había mostrado algo imprudente, no era hostil, como lo probaba el que se habían oído algunos vivas al pasar el comandante.

Fournerel, al verles, les alargó dos sillas.

—¿Dónde está Garousse?—preguntó Ducasse al antiguo artillero, sentándose cerca de Verdier.

—No ha llegado aún; pero sus satélites se encuentran aquí en gran mayoría, y están decididos á derrotar al comandante. Esta reunión no es para discutir, no es más que para insultarse.

Jamás había sufrido tanto el pobre comandante. Se le representaba pálida y tan sufrida como una mártir su pobre sobrina. ¡Mezclar á aquella pobre niña en estas infamias!

Mientras él estaba embebido en estos pensamientos, los oradores se sucedían los unos á los otros. Las arengas grotescas é insultantes se repetían. Ensalzaban á los suyos y zaherían ó insultaban á los adversarios.

Viendo tanta confusión y tanto disparatado orador, el presidente llamó repetidas veces al orden

aunque sin lograr ser atendido. Verdier, comprendiendo el móvil que guiaba á aquella desaforada turba, dijo á Ducasse, que, grave y con su acostumbrada sangre fría, guardaba un sepulcral silencio:

—Esto, más que irritar, avergüenza.

—¡Paciencia!—dijo Emilio.—¡La política!...

Garousse, que había llegado cuatro ó cinco minutos antes de promoverse tan gran algazara, pidió la palabra, y después de varios gestos grotescos y fuera de tiempo, presentó, como siempre, el pavoroso cuadro de la miseria y preguntó si, votando á los reaccionarios, querían volver á los tiempos en que los señores feudales obligaban á sus vasallos á pasar la noche al pie de los estanques, golpeando el agua, para que las ranas, amedrentadas, no interrumpieran con su canto el sueño de los señores.

Una voz:—Jamás ha pasado eso en este país.

—¿Qué sabéis vos de historia, ciudadano?—replicó Garousse de muy mal talante.

—Yo no sé de historia; pero sí sé que aquí carecemos de estanques, y apenas si contamos con el agua suficiente para cocer nuestras legumbres.

—¿Podréis asegurar que no la hubiese en otros tiempos?—replicó Garousse sin desconcertarse.—¡Ahora mismo tendríamos la suficiente para llenar más de un estanque si recogiéramos todas las lágrimas que vierten los pobres!

Tivolier y sus amigos se deshicieron en aplausos y vítores al tribuno.

Garousse reanudó su discurso (siempre sobre el mismo tema), demostrando que sus pobres antepasados habían vivido trabajando el campo como animales, tratados sin piedad y esclavos de la voluntad de los magnates. «¡Yo mismo—añadió—he alcanzado los tiempos en que los individuos de corporaciónes municipales, como la de París, obligaban á sus subalternos á entregar las cartas en bandejas de plata!... Nuestro deber es coger todas esas bandejas, verderlas y socorrer con su producto á tanto desgraciado como se muere por ahí de hambre.»

El efecto de esta parte de su discurso fué indescriptible. Una salva de aplausos lo acogió y un ¡viva Garousse! repetido, prolongado, salió de los labios de casi todos los concurrentes.

Verdier rugía de cólera. Se horrorizaba de que un malvado, un hipócrita capitalista excitara así los ánimos de aquellas pobres é ignorantes gentes contra los ricos.

—¡Esa es la política!...—le repetía Ducasse.

El comandante, impulsado por la indignación, pidió la palabra sin darse cuenta de ello. Pero estaba tan irritado que no acertó á hablar.

La asamblea, al ver la precipitación con que pidiera la palabra, creyó que algún fuerte y contundente argumento saldría de sus labios para aplastar á Garousse; pero pasaron algunos minutos sin que Verdier pudiera decir esta boca es mía. Le ahogaba la rabia.

Ducasse sufría con toda la fiebre de un orador al ver la estrangulación sorda de Verdier, y Fournerel sentía frío al contemplar á su comandante.

—¡Hablad!—dijo al fin Rouillard, que, como el auditorio, estaba asombrado del silencio del candidato. No se oían más que murmullos por todas partes, y Garousse cambiaba miradas de inteligencia con sus paniaguados.

—Me es imposible—comenzó por fin Verdier—dejar pasar sin... sin protesta... el... las palabras... las provocaciones... al... el... el llamamiento á la expoliación...

Al pronunciar estas cortadas frases parecía haberle afluído toda la sangre á la garganta, impidiéndole hablar. La multitud no veía más que el embarazo y la turbación de Verdier, cosa que la divertía grandemente y le ayudaba con vocablos insolentes á concluir sus frases. Algunos imitaban el canto del gallo, con el que le acompañaban á guisa de música. El presidente llamó al orden, sin poder contener la risa que le sofocaba, y la multitud exclamó:

—¡Silencio!... ¡No hay que perder la ilación del discurso!!!..—Y so pretexto de restablecer el orden armaban un ruido diabólico.

Verdier, comprendiendo que caía en el ridículo, recobró la calma, y, dominando por algunos momentos el tumulto, pronunció álgunas palabras levantadas y enérgicas, que consiguieron volverle el crédito de orador elocuente.

Los pagados por Garousse para desprestigiar ante la reunión á Verdier preguntaron intencionadamente:

—¿Por qué ha renunciado el Marqués de Montbrun á sostener su candidatura?

Y otro, de entre ellos mismos, contestó desde el fondo de la sala:

—Preguntádselo á la sobrina del comandante, que es quien lo sabe.

Verdier, con los ojos tan inyectados que parecían querérsele salir de las órbitas, buscó al insolente que había osado empañar con tal calumnia la pureza de su sobrina, y con la dignidad propia de la nobleza de su alma, dijo, ya sin balbucear, ni detenerse más que para unir la acción á la palabra:

—¡Si cojo al canalla, cobarde, que ha tenido la osadía de pronunciar el nombre de mi sobrina!...

Adelantó hacia la multitud con el puño levantado, y toda la asamblea tuvo como la rápida visión de un sér terriblemente sacudido por la mano del comandante.

—¿Quién ha hablado?... El que ha hablado será de fijo tan cobarde como villana es su acción. ¡Que se presente!...

Un silencio trágico sucedió á la algazara de momentos antes. Verdier les dominó, les impuso su actitud y nadie se atrevió á declararse autor de aquellas palabras...

Ducasse encontraba en aquel momento en Verdier cierta actitud tribunicia. «¡No, no es un Pitt—se decía—no es un Pitt; pero pudiera ser muy bien un General Foy!» Garousse se miraba las puntas de sus zapatos para evitar el encuentro de su mirada con la del comandante.

Todos parecían muy embarazados con el giro «un poco personal» que había tomado la cuestión.

De pronto se apagó el gas, y aquella multitud, que momentos antes parecía petrificada, cobró ánimo y se agitó en la oscuridad, mostrando la valentía propia de los malvados, cuando esperan que su delito quede impune, é insultó á Verdier en la sombra, como no se habían atrevido á ejecutarlo á la claridad.

—¡Bien se conoce—dijo una vez—que el comandante huye de la luz!... Por eso las ha apagado...

Y otra voz contestó:

—¡Se ha hablado del Sr. de Montbrun, y el espectro de la Monarquía ha producido las tinieblas!...

Y mientras acá y allá las cerillas encendidas por los concurrentes arrojaban sus fosforescencias en la oscuridad, el comandante sentía ahora á la calumnia batir sus alas más segura de no ser adivinada en la sombra en que había nacido.

—¿Y la sobrina?

—¿Y el señor de Montbrun?

—¡Abajo los artilleros!

—¡Fuera ese mameluco!

Verdier sentía estallar su cólera ante aquellos insultos, sin que pudiera explicarse qué le indignaba más, si los insultos al uniforme que vestía ó las infames calumnias de que era víctima su sobrina.

—¡Nada!—pensaba.—No existe nada para estas gentes; ni el respeto al ejército, que vierte generoso su sangre por la patria, ni la familia, ni nada.

Garousse tan sólo surgía elevado por ellos con su sonrisa de demoledor y sus apetitos de canalla. Se abrió paso por entre la apiñada multitud en medio de la oscuridad, y adivinando, más bien que viendo, la puerta, se encontró de pronto en la calle.

—Retorceré, retorceré el pescuezo á alguno. ¡Ah! ¡infames!

—¿Os váis, mi comandante?—dijo Fournerel saliendo detrás de él.

—Sí.

—Tenéis razón en dejar á semejante canalla; yo me quedo; quiero ver si encuentro al valiente de la lengua larga...

—¡Ah! ¡Dejad á esos parásitos de la honra!

—¡No quedarían ellos poco contentos!... ¡Hasta la vista, mi comandante! ¿Tengo que hacer aquí?

—¡Me las pagarán! ¡Oh! sí, me las pagarán!—murmuraba Verdier dirigiéndose á casa de la señora Herblay.

Fournerel se puso á la puerta del café á esperar al que creía el promovedor de todo aquello.

—¿Qué hacéis aquí, mi sargento?—dijo acercándosele un soldado jóven que pasaba por allí cantando y que se dirigía de retirada al cuartel.

—¿Yo?... Nada... Espero á alguien que hace un momento se ha atrevido á insultar á la sobrina de mi comandante... ¡Quiero ver si tiene tantas manos como lengua!

—Me quedo con vos...

—No hagáis tal; me basto yo solo. Además, llegariais tarde á la lista.

El soldado, pariente de un camarada de Fournerel en el 7.° de artillería, apreciaba mucho á éste y le debía consideraciones y enseñanzas, pues más de una vez había seguido sus consejos, siempre acertados y cariñosos.

—Os acompañaré hasta que os retiréis—le dijo.

—No tardaremos, después de todo; espero á Tivolier para arreglar cuentas con él, y...

La gente salía en tropel del café. Fournerel, viendo entre los que salían al que esperaba, se dirigió á él.

—Dispensadme—le dijo;—tengo que haceros una pregunta.

—¿Qué queréis?—dijo el obrero, á cuyo alrededor se agruparon los partidarios de Garousse, haciendo lo propio los de Verdier, á cuya cabeza se hallaba el soldadito, al de Fournerel.

—¡Una cosa muy sencilla! Quiero saber si fuísteis vos el que nombró á la sobrina del comandante en el café.

Fournerel esperaba cruzado de brazos la respuesta.

Tivolier contestó con tono burlón:

—No, no había sido él el que la había nombrado; pero después de todo, si hubiera sido él, ¿qué?

—No faltaba más sino que no pudiera uno decir en tiempos de libertad todo lo que se le antojase—murmuraron algunas voces al lado de Tivolier.

—¿Es culpa nuestra si las gentes cuentan por todas partes?...

—¿Qué es lo que la gente cuenta? ¡Quiero saberlo!

—Nada... Yo no sé...—balbuceó el obrero.—Pero sí debo advertiros que cuando se pide el sufragio á un pueblo, es necesario estar limpio... Es preciso ser puro...

—¡Bravo!—gritaron los amigos de Garousse.

—¿A qué llamáis pureza? ¿A la de Garousse? ¿A la de ese farsante, que mientras él lleva la barriga bien repleta, os la hace llevar vacía, llenándoos tan sólo de viento la cabeza?

—Te prohibo que digas nada que pueda ofender al ciudadano Garousse. Garousse es el amigo del pueblo.

—Respetad al lobo para que se coma los corderos; pero no es esa la cuestión: lo que yo quiero saber es quién fué el bribón que se atrevió á nombrar á la sobrina del comandante.

—¡Bribón!—exclamó el obrero fuera de sí y en

tono amenazador.—¡Supongamos que haya sido yo! No lo he sido; pero tomo la cuestión como mía. ¿Qué quieres?

—Lo que quiero, si te determinas á decir que la señorita Verdier es...

—La querida del Conde de Montbrun, sí... Bueno, ¿qué?...

—¡La sobrina del comandante!... ¡Canalla!... ¡Granuja!... ¡Toma! ¡toma! ¡toma!

Los amigos de Tivolier se echaron encima para librarle de aquella granizada de golpes que llovían sobre él, descargándolos á su vez sobre Fournerel. Tivolier, cobrando ánimo con el socorro de sus compañeros, sacó un cuchillo y se fué derecho hacia Fournerel. El soldadito, viendo el peligro que corría éste, trató de contener el golpe, cogiendo por el brazo á Tivolier; pero éste se había lanzado con tal ímpetu, que no fueron bastantes las fuerzas del soldado para contenerle, y resbalando el arma, quedó sepultada en su pecho.

El infeliz cayó en tierra, exclamando:

—¡Me ha muerto!

Fournerel cogió á su amigo entre sus brazos, buscando con la vista á Tivolier para amenazarle con la mirada, ya que no le era posible otra cosa; pero éste estaba en tierra sin sentido, con la cabeza ensangrentada de los golpes que recibiera de manos de Fournerel primero y sobre las piedras al caer después.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Recogieron á Tivolier sus compañeros, y todas aquellas gentes, furiosas un momento antes, estaban aterradas ahora. ¿Qué hacer? ¿Adónde llevar los heridos?

—Al cuartel—murmuraba débilmente el soldado,—al cuartel. Quiero volver al cuartel...

Formaron apresuradamente camillas con tablas que el carpintero ofreció espontáneamente, decidiendo llevarles á Melun, donde podrían ser bien curados y estar mejor atendidos; y en medio de la noche, alumbrada por una hermosa luna, se dirigieron lentamente á la villa. El cortejo, que era numeroso, fué disminuyendo en el camino, como si todos temieran ser acusados de autores de lo ocurrido. Al llegar al puente del ferrocarril Fournerel iba ya solo con algunos canteros y un compañero de Tivolier en la fábrica de dulces secos. Aunque también herido, Fournerel se inclinaba de cuando en cuando al oído del pobre soldado y le decía:—¡Animo! ¡Ya estamos cerca!

Cerca ya de Melun se reunieron á ellos dos gendarmes, que, prevenidos no se sabe por quién, se dirigían al trote largo á Dammarie.

—Demasiado tarde—dijo Fournerel mostrándoles los heridos.—¡La reunión pública ha terminado como véis!

Se notaba cierta amargura en las irónicas frases del sargento.

Mientras abrían una farmacia y se buscaba un

médico, uno de los gendarmes se dirigió á casa del Gobernador. ¡Llevaba graves noticias! ¡Se habían batido en Dammarie!

—¿El Sr. Gobernador?—preguntó al portero.

Y éste contestó como asombrado de la pregunta:

—¡El Sr. Gobernador está en París!

Añadiendo como si fuera acostumbrada muletilla:

—¡Si creéis que sea preciso prevenir al señor secretario general!...

Se avisó al secretario general.

El Sr. de Berlemont se presentó á medio vestir, é informado de lo que ocurría,

—Al hospital—dijo.

Y cuando hubieron echado á andar, añadió dirigiéndose muy risueño el gendarme:

—¡Y el Sr. Gobernador que aseguraba no ocurriría nada de particular en la sucesión Charvet!... ¡He ahí un contratiempo!... ¡Bah! No se cogen truchas á bragas enjutas... ¡Buenas noches, gendarme!

Y se fué á acostar.